

no autoriza otro abuso: un crimen no regenera de otro crimen, y en tanto que el soberano primitivo no fuera restablecido en su derecho, sería hipocresía y mentira ostentar enemistad contra la injusticia. Sin una especie de *post liminio* de la tierra, el agravio de la moral quedaba perseverante. Sin la negación del derecho de gentes contemporáneo, y el suicidio consiguiente de los portugueses, nada podían reponer á los títulos de la corona española. ¿En qué se fundaban, pues? ¿En la utilidad? La utilidad no es justicia, ni todo lo útil es moral; y lo que no es moral ni es justo no es sostenible en gracia de su conveniencia, ante los altos principios que rigen la vida de los hombres y de los pueblos. He probado que la utilidad, circunscribiendo la cuestión, no es aplicable á las usurpaciones de un estado sobre otro estado. Luego, la posesión, contestada y combatida, cuyo título se reduce á estos antecedentes, esencialmente falsos, no autoriza ni puede autorizar las detenciones portuguesas, porque no es legítima su base, su hecho primordial, quiero decir, la propiedad y la soberanía, que apoya.

Nuestro derecho, por consiguiente, está en pie.

CONFERENCIA XXVIII ⁽¹⁾

(DISCURSO DE CLAUSURA)

Exordio. Recapitulación. Paralelo entre la colonización española y la inglesa. Colonización oficial; colonización libre; defectos de la colonización española. Encomiendas. Régimen de la propiedad. Régimen del comercio. Campañas y ciudades. El virreinato y sus consecuencias. Crítica. La revolución, sus causas, su desarrollo, su triunfo exterior. Crisis interior. Sus causas, su desarrollo. Vicisitudes de la democracia argentina. Unitarios y federales. La tiranía; juicio sobre ella. Reacción. Síntesis. La federación nacida del dualismo colonial. Deber moral según el criterio histórico. Causas de la incapacidad del pueblo para la práctica de la democracia; condiciones de ésta. Cuestiones resueltas. Cuestiones por resolver. Capital. Educación y literatura; moral religiosa; libertad religiosa. Mejora de la condición del gaucho. Peroración.

SEÑORES:

Cuando el incendio de las campañas griegas templaba el plectro de Homero, y su oído se inclinaba á recoger el soplo del numen marcial, la

(1) Véase la Advertencia que precede á este volumen.

generación humana era arrastrada bajo la estrella del Hermes antiguo. Hércules era su ciencia social: su historia y su teología la tela infinita de la ficción olímpica. Cada pasión tenía su genio, cada facultad su dios.—Cuando el Haravec peruano absorto ante el jeroglífico, descifraba sus quipus y entonaba sus trovas, fanático por la tradición del Inca, refiriendo á la juventud en patriarcales asambleas, la grandeza de los muertos y las memorias de la patria, la raza de sus hijos, uncida á la espiga de oro, yacía bajo el signo del divino imperio, y enervaba sus fuerzas en las ondas sagradas del Titicaca.—Era menester que la unidad de Dios y la simplicidad de la moral resplandecieran en las conciencias y que nociones correctas sobre la naturaleza racional se radicaran, para que el hombre gravitando gradualmente sobre su propio centro, se proclamara á sí mismo punto de partida y punto objetivo en los fenómenos sociales. Esta proclamación importa otra. Hay en el hombre una cuerda poética, que vibra cuando su arranque le inoculara un amor, y como todos los amores se hace dios. Los cínicos le llaman quiotismo, yo le llamo ideal, el alma tierna de Platón, no le alteró su nombre y le llamaba *amor*.—¿Cuál es el nuestro, señores?—Acudo á una prueba de evidencia, invocando vuestro sentimiento. ¡Vana pregunta! oigo que me gritan. Al hombre argentino no se le interroga por su musa, por su diosa y por su amor. Pregúntalo más bien á la brisa de las cordilleras y los valles americanos, á la majestad del Plata

y á la onda mansa del Ituzaingó y el Rimac. Aplica tu oído al murmullo de la linfa. Su acento blando y angélico preludia la estrofa robusta de las pampas y las montañas, porque el rayo de la luz trajo una sola imagen, evaporando la sangre derramada y abrigando el grito eternamente vivo de los héroes antiguos.—¡Preguntas por nuestro amor! ¿Por qué no interrogar la sombra de Varela, bajo cuyo amparo ha puesto su pueblo la frágil envoltura de una alma que tú amabas, el alma de Sarmiento? ⁽¹⁾ ¿Quién, sino la libertad, encanta la vida de los pueblos, cuyos viejos y cuyos niños saben morir como mártires?... Es exacto, señores. La libertad es nuestro numen, y ese amor no es sino la conciencia de sí mismo, divinizada por el sentimiento. Puede á veces desvanecerse entre las vaguedades del idealismo, pero su resorte es inmortal. Respecto de la historia, contiene dos inspiraciones supremas: una de forma, que es el método y determina la observación; otra de fondo, que es su punto objetivo y fija su criterio en el personalismo. La historia discierne el lauro á la sociedad, al fenómeno, al carácter, que mejor fomente el desarrollo de la personalidad. Tal ha sido, señores, el pensamiento que me ha guiado en los estudios que vamos á cerrar esta noche, y á su luz volveremos la vista sobre el camino recorrido para deducir un corolario y formular una doctrina.—

(1) El año en que el autor pronunciaba este discurso, había muerto Domingo Sarmiento (hijo) en el asalto de Curupaity.

No traigo acentos latinos.—Rechazo la epopeya clásica, que disuelve la verdad entre los vapores del entusiasmo. Al cabo de la odisea, una musa severa va á repetirnos el genio de los grandes hechos. Esa musa es la conciencia democrática y dichoso de mí, señores, si al separarme de vosotros, puedo transmitir su eco en la santa pureza con que resuena en mi alma!

Señores!

La historia del salvaje argentino se aniquilaba en cada individuo. Para investigar los preceptos consuetudinarios, que las ligaban en tribus no queda otro elemento, sino observaciones incompletas de los primeros conquistadores, y para darnos cuenta de sus ideas, tuvimos que rastrearlas en la estructura del guaraní, lengua madre de estas regiones.—Recordaréis sin duda nuestras conclusiones. Su estado civil era la plena barbarie, y apenas destellaba sobre su inmensa depresión moral alguna que otra adivinación inconsistente, cierto atractivo simpático hacia la familia, un arranque de muda sorpresa y de santa nostalgia hacia el desconocido infinito. *Ignoto Deo*, era el tremendo problema religioso de la civilización griega. *Tupá*, ¿quién eres? la forma del misterio en la conciencia del guaraní. Raza pacífica, pero de brío indómito, amaba su tierra como el león su selva y la dominaba en paz. Diversas tribus errantes, llenaban en su misma vagancia el foco de mayor barbarie y el ímpetu guerrero;

pero la atracción patria, que es instintiva, resolvió en una pasión uniforme los caracteres de las razas indígenas, cuando la conquista ensordeció el aire con sus gritos de guerra y lanzó en selvas y pampas al aventurero exterminador. La lucha del indio y el blanco, fué un drama horriblemente vertiginoso que hacia las bocas del Plata no revistió la magnificencia de aquellas conquistas tan geniales como crueles, de Méjico y el Perú: era el choque frenético del hierro con la flecha, del duro paladín de la España imperialista con el engendro de la ínfima barbarie.

He dicho la España imperialista, porque, en efecto, la conquista no arrojó sobre el Río de la Plata ni el generoso tipo del caballero de la edad media, ni el fosco engendro de la España inquisitorial, que vino más tarde al Nuevo Mundo para quietismo y tormento de las ciudades. El conquistador de América, señores, no era el adalid que arrostrara el sacrificio lleno de sueños de gloria, de amores y de trovas, reanimado por el idealismo de su vocación á la manera de Rolando y D. Quijote. Era el soldado de Carlos V, educado en la violencia, irritado en la avaricia y el botín.—Su orgullo no tenía apoyo en el feudo territorial, que abonaba la arrogancia de la nobleza castellana, y la suprema atracción de su actividad eran, por consiguiente, las venas de oro que brillaban en los montes de América, la riqueza de sus entrañas, y las metálicas arenas, que la imaginación veía arrastradas en las ondas pálidas del río.

De parte del trono no venía la conquista mejor inspirada. Buscaba como sus fautores el vello de oro, riquezas y fuerzas que insumir en la monstruosa unidad imperial forjada á sangre y fuego en los campos de batalla. Ningún sentimiento elevado é inmortal ardía en aquellos corazones, endurecidos por un siglo depravado, que enervaba las conciencias y destemplaba los grandes resortes de la naturaleza humana. El siglo de Maquiavelo.—Ya os he dicho qué era el espíritu religioso de la conquista. La cruz era para los españoles una bandera, á cuya sombra reconstruyeron su nacionalidad en la heroica reacción contra los moros; pero el espíritu cristiano, su mansedumbre, su santa claridad, ni vigorizaban el corazón, ni estampaban en el alma creencias fecundas y excelsas.—Su política y su ciencia social estaban reducidas á un domesticismo estrecho, la idolatría del trono y sacudimientos ya amortiguados del fuero municipal, agonizante bajo la presión de Fernando y Carlos V.

Los peregrinos que colonizaron el norte buscaron tierra en que radicar la libertad. Eran grupos de vencidos y de mártires, que enamorados de un símbolo apenas fulgurante sobre las borrascas de la historia moderna, sacudían el polvo de sus plantas al alejarse del mundo europeo, que rozaba sus ilusiones y proscibía sus deidades. Traían adoración por la libertad y el germen de la sociabilidad venidera, apoyada en la industria, en la igualdad, en la preexistencia y en la inmortalidad del derecho. Su alma estaba ras-

gada por el rayo bíblico. Liviana y vaporosa su envoltura daba paso al resplandor desatado del foco de la eterna moral, y en su pecho las tersas cuerdas del amor murmuraban un salmo plácido, sin que mano las hiriera: era la sacra sinfonía del ángel y el patriarca. Venían tristes y se llamaban peregrinos. El sentimiento, cuando desborda, apaga la loca carcajada.—Su misión era un apostolado, su peregrinación una profecía.—Sobre la igualdad y sobre el trabajo, sobre la nivelación proporcional de las condiciones sociales y el respeto al derecho en el detalle y en el individuo, levantaron colonias, cuya vocación democrática se consumó sin borrasca.—¿Admiráis los Estados Unidos?—Yo también, pero contemplad el contraste de esta historia en la colonización del sud, y llamo aquí vuestra atención, porque aquí está toda mi doctrina.

La ocupación europea fué acción libre en el norte y acción oficial en el sud.—Reyes y aventureros buscaban en el Río de la Plata, como en toda Sud América, minas y esclavos, los primeros para ahondar la raíz de su omnipotencia, los segundos para reconstituir el feudalismo desmontado por el trono desde el siglo décimoquinto. Recuerdo haber demostrado mi tesis con el derecho colonial escrito, el pacto de Isabel la Católica con Cristóbal Colón, las capitulaciones que organizaron las conquistas del Anahuac y del Perú y las leyes fiscales de las colonias. Me falta tiempo para reproducir detalles y os diré sólo una palabra. Todos esos monumentos, seño-

res, son otros tantos pactos mercantiles. Yo no leo en ellos la aspiración gloriosa de César, ni siento la presencia de ninguno de los grandes resortes, que caracterizan á los grandes conquistadores, y cuando trece gigantes (los semidioses del Gallo) capitaneados por Francisco Pizarro, vacilaban en seguir su temeraria enseña, el bravo no pulsó fibras nobles ni les trajo á la memoria la vanidad del heroísmo español. Sus palabras son un sangriento epígrama contra la conquista. —*«Por aquí, les dijo, se va á Panamá á ser pobres, por allá al Perú á ser ricos.—Escoja el que fuese buen castellano!»*.—Los buenos castellanos escogieron y fueron al Perú... *á ser ricos!*

Idéntica inspiración empujaba la conquista en el Río de la Plata, y cuando ebrio de ilusiones pisaba nuestras playas, el indígena argentino abríale los brazos absortos antes aquellos hombres del color de la luz, esbeltos y fuertes, que hacían carne, si la fábula no engaña, la flotante imagen de Pay Zuma, cuyo pie doblaba la yerba, cuyos ojos fulguraban rayos celestiales. El sueño de las minas se disipó muy pronto. El indígena era pobre. El pecho de hierro del aventurero había atravesado el Chaco y remontado los ríos; y ciudades, cuya ubicación ha parecido inexplicable, son el monumento de su esfuerzo por acercarse á la región del oro y puntos estratégicos de sus hazañosas expediciones. La guerra vino con el desengaño, guerra de exterminio, desoladora y sangrienta, que anidó las furias en el corazón, enlodó la bandera de la conquista y

haría dudar, señores, de qué lado estaba la barbarie!—Perseguidos los indios de selva en selva bajo una ley brutal y cerrados los senos de la tierra para quien no le arrancara el pan con el trabajo, la conquista fallaba por su resorte matriz. Los celos estallaron en el núcleo aventurero, que desmayaba gastado por los vicios. Ningún deber ajustaba sus vínculos, y pronto el vandalismo se apoderó de la historia. Las malocas apresaban al niño, al adulto, á la mujer y al anciano, para venderlos en esclavitud, y desde aquel día remoto la estrella del Brasil fué signo funesto para la tierra del Plata. Los torturaban bajo yugos oprobiosos y la planta del conquistador no encontraba terreno firme en qué pisar, tan coléricamente lo entristecía el furor del indio mártir. Las nacientes colonias estaban así solicitadas por dos abismos. Lo que escapara á la mano del salvaje amenazaba derrumbarse por la podredumbre ó extinguirse por inanición. El robusto carácter de Irala surgió de la crisis con un propósito definido y audaz energía en el alma para realizarlo. Legalizó el vandalismo, dándole principios correctivos por el hecho de imprimirle existencia legal, estimuló la aventura ofreciéndole riquezas y salvó la colonización.

Conocéis las encomiendas detenidamente explicadas en mi curso. Contemplad un instante su resultado trascendental, porque ellas encierran á mi juicio todo el fenómeno de la sociabilidad argentina, todo, señores, la colonia, como la revolución, el despoblado, el gaucho, la mon-

tonera y el caudillaje, nuestros amargos dolores del pasado y los temores del porvenir.

Desde luego, el conquistador monopolizó la propiedad territorial, excluyendo al indígena de su derecho y condenándolo á la esclavitud y la muerte. Fuera de las misiones religiosas, aletargadas por la utopía, jamás hubo en el Plata sociedad india civilizada. Si el sable no segaba sus cabezas, si las madres indígenas no estrellaban á sus hijos como las mujeres calchaquí, ó los ahogaban en los ríos sollozantes, la unión española los botaba al ilotismo, fecundaban la propiedad ajena, y errantes sobre el suelo bendito de su patria, el feudo que fué su cárcel y su infierno, apenas tenía para ellos una tumba solitaria sin llanto ni oración.—De esta iniquidad arranca la despoblación y el incurable antagonismo de las razas americanas.

Pero entremos en la sociabilidad española, que es nuestro fenómeno y nuestra historia. La encomienda era una rebelión feudal. Concentraba las tierras en pocas manos y amagaba con un señorío fuerte la vanidad imperialista de Carlos V. Como veis, encerraba dos caracteres: uno económico que levantaba al soldado á la cumbre de la propiedad, condenando al particular á la miseria: otro político, que contrariaba el giro de las instituciones monárquicas.—Los reyes la comprimieron y el fenómeno social se consumó. Los feudos establecidos hace 300 años habrían podido transformarse por las evoluciones de la herencia, si su aparición no hubiera atemorizado á los reyes.

Restringiéndolos á la vida del donatario ó su heredero inmediato, revertían á la corona al fene- cer la merced, absorbidos por un fiscalismo insa- ciable, que hizo de la propiedad un desperdicio de fuerzas, adulteró su carácter, corrompió el trabajo, engendró el baldío, y con él la deshere- dación del indio y del campesino, la desigualdad social, el fenómeno de muerte encerrado en las entrañas del pueblo! Toda nuestra desgarrada historia está ahí!

Os son conocidas también las instituciones mer- cantiles de la colonia. Cerrados hasta el siglo XVIII los puertos del Río de la Plata y obligado el comercio á sacrificarse por caminos violentos y absurdos, las poblaciones vegetaban embota- das por la inercia. La caducidad gradual del derecho señorial y la prohibición de las expor- taciones, quitaron todo estímulo á la industria y las llanuras se cuajaron de animales salvajes.— El hijo del colono desterrado á la vida primitiva, se hizo su mundo de luchas hercúleas: sintió de- gradarse en el fondo de su alma los tonos simpá- ticos de la sociabilidad: guardó consigo la guita- rra del vivac de Irala para exhalar su honda queja, tomó del salvaje el personalismo egoísta y brutal de los desiertos y desarrolló su fuerza bregando con tormentas y huracanes.—Solitario y fuerte, necesitó vivir y generó en sí mismo su ley, su código, su religión y su moral. Todas sus facultades crecen y obran como en el primer día de lucha y conjuración de fuerzas contra la ra- zón y el alma. Si le hostilizan, mata. La pasión le

arrastra en el elemento genuinamente instintivo que le rodea. Tiene en sus fibras toda la plenitud natural. Capaz de todos los amores, de todos los odios, de todo heroísmo, canta como Osiam y lucha como Aquiles. Es el tipo de la vida humana abandonada á sí misma. Duerme bajo el sol abrasador, arrullado por el bramido del toro y el relincho del caballo, bruto generoso, sobre cuyo lomo parece completarse cuando la bestia vuela, el poncho flota y el galope retumba en la llanura.

Bien, señores.—En frente de este fenómeno estaban las ciudades. La administración provincial era relativamente autónoma y la jerarquía de los funcionarios harto débil por la inmensa extensión del virreinato del Perú.—Cada provincia y dentro de cada provincia, las poblaciones y las aldeas, eran grupos diseminados en el desierto, especie de sepultura de vivos, donde el aislamiento filtraba el egoísmo y la pereza, que hacen silenciosas las ciudades, incultos los campos y dispuestos los hombres para arrodillarse ante el que los deje dormir.

Después de siglo y medio de radicada esta organización, sobrevino con el virreinato una unión interprovincial más estrecha: la administración fué centralizada, se abrió el puerto del Plata y el comercio, por mezquino que fuera, provocó cierto grado de prosperidad.—De aquí arrancaban varios fenómenos, que he analizado detenidamente al exponer la constitución del virreinato. Era el primero lastimar los sentimientos locales que á la sombra de los Cabildos habían crecido

en las primitivas colonias, y se habían hecho legión en el Paraguay á principios del siglo XVIII. Este fué todo su alcance en política. En lo esencial nada introdujo, ni habló siquiera de garantías, de derechos, de reformas.—En la práctica y á causa del monopolio comercial de España, los capitales se aglomeraron en manos de los peninsulares, y otra enorme desigualdad social fué su consecuencia.—La esclavatura quitó su valor al trabajo manual, y el pobre fué mendigo no pudiendo ser obrero.—El criollo fué proscrito de la vida pública por la aristocracia europea, que era dueña de las colonias, sin abrigar por eso aspiraciones arrogantes y trascendentales. El trono absorbía la savia de los pueblos, y el alto comercio español enriquecido con el monopolio, condenaba á incurable pobreza la industria pastoril; con ella anulaba el elemento criollo, y la sociedad enervada por la ley era la sombría arena en que se chocaban á la vez el europeo y el americano, el urbanismo y el gauchaje, doble antagonismo engendrado por una sociabilidad monstruosa, cuyos propios excesos debían arrastrarla á un cataclismo en que se hundiera ó se regenerara.

Hemos estudiado, señores, la educación y la domesticidad colonial, la ciencia de la escuela, la ciencia del hogar: hemos estudiado las formas de la cultura urbana y el despotismo invasor, que profanaba aun el santuario de los amores delicados, rompiendo por el contagio social, la armonía y la atracción de los caracteres. Depri-

mido el hombre en la familia, deprimido en la educación atrabiliaria de nuestras escuelas, deprimido por las fuerzas políticas y económicas, por el desnivel aristocrático, por la miseria y por la tiranía y el formalismo de las costumbres, nada tenía aquella larga y tenebrosa edad de cuanto desenvuelve el individualismo y justifica las civilizaciones.—El gobierno político era una inmensa incrustación de fuerza extraña, apoyada en el derecho de conquista y en la idolatría de una lejana y suprema majestad, cuya adoración se infundía en las almas desde la primera niñez.—Los sacudimientos revolucionarios del Perú y las guerras de los portugueses atrajeron la mirada del colono hacia este orden de intereses, sin que el genio de la sociedad le permitiera abrigar ensueños gloriosos ni esas pasiones robustas, que libertan las nacionalidades encadenadas.—La labor comenzó por la sociabilidad y la economía, como creo haber demostrado en presencia de la historia, y esta prioridad, no sólo evidente sino lógica, en la cual no se ha reparado bastante por causas, que no se me ocultan pero que debo callar, señala su rumbo y da su fórmula moral á la democracia, que surgió de la revolución.—Cuando pocos, pero iluminados pensadores argentinos, robustecidos en la escondida meditación, en los libros introducidos por contrabando y las lecciones de profesores sabios, arraigados en el país con motivo de las expediciones de límites, sondearon la estructura colonial, apresuráronse á dar el grito de alarma y trabaron la lucha de

la libertad con el despotismo, engrandecida en 1810, y que absorbe aun el aliento de la República.

No habéis olvidado, señores, la historia de la revolución. En el fermento interior que la preparó intervenían elementos activos y diversos. El pensamiento ilustrado de las clases superiores se revelaba en forma de polémica trascendental, en las batallas científicas de Belgrano, de Vieytes y Castelli. El sentimiento profundamente herido de las masas, aborrecía aquella fracción social, contra la cual traía amargas quejas, porque su infortunio era horrible: aborrecía á los *godos!*—La fibra de las campañas también palpitaba, y la errante mendicidad del gaucho, su condenación á la inmoralidad y á la aciaga estrella, que lo sujetaba al dolor, conjuraban los brazos de la pampa contra aquel solio engalanado con franjas descoloridas ya y la púrpura vieja y desgarrada de sus antiguos reyes.—Roto se había el denso horizonte de ignorancia con que la España inquisitorial cerraba el porvenir de los pueblos, y los espectáculos dramáticos é imponentes de la revolución americana y francesa, electrizaran las almas de los argentinos, en tanto que la madre patria extenuada por su insensato quietismo caía hora por hora en mayor abatimiento.

Conocéis, señores, las complicaciones políticas que infundieron al pueblo la conciencia de su enérgico valor, y anonadaron al coloso de Carlos y Felipe. Sus sombras implacables se levantan

taban en vano vengativas y coléricas, estremeciendo los duros soldados, su única fuerza, los idólatras del yugo, su única esperanza. Lima amarrada en la picota del Santo Oficio, fué muy pronto el único pedazo de tierra reservado en Sud América al poder español, para siempre expulsado de las colonias. En el Río de la Plata la revolución se desarrolló por la coincidencia de todas las pasiones populares, y sabéis que el populacho de Buenos Aires, llamado en horas de amargo desaliento, salvó la naciente nacionalidad y puso sobre las cumbres de la historia su ídolo y su lámpara. De ahí que la revolución argentina sea esencialmente democrática. Tres linajes de víctimas encarnaban la venganza: el gaucho hijo de la encomienda: la muchedumbre urbana condenada á la miseria por la esclavatura y por la depresión industrial del país: la aristocracia criolla, conocedora de las cuestiones sociales, pero impregnada con los ejemplos de arrogancia, en que había sido educada. La revolución cunde por el ámbito inmenso de la colonia, y ciudades y campañas electrizadas por sus dolores, sus aborrecimientos y sus esperanzas, acude á las armas y abre la epopeya argentina.

Oh! señores! cuán glorioso contraste entre el colono de la víspera y el colono redimido en las fuentes sagradas del derecho popular! Reassume y diviniza toda su fuerza en la pasión impetuosa que le abre el camino de la victoria y precede su paso, como el trueno que rompe y aliviana la atmósfera ante el carro del arcángel! En los cam-

pamentos libertadores se agrupan todos los tipos sociales de la nación. El hijo mimado de la ciudad, suelta la espada en el cinto, cruza los brazos sereno y melancólico en medio del grupo campesino, y escucha extasiado la mustia trova del payador y sueñan juntos con sus amores. La nota primitiva le encanta el alma como la dulce memoria que le inunda, como el concierto del pájaro que entona idilios en la enramada.—El veterano cruza á breve distancia.... en tanto vela el capitán republicano. Noble encarnación de un pueblo nuevo, improvisa su arte al calor de su heroísmo: es Belgrano. Evocación de los siglos de oro de la fábula y los semidioses, es San Martín, el domador de los Andes, el soldado de cerebro radioso y espada fulminante. Como una nube se levantan las masas de todos los senos de la patria; rastros de fuego cárdeno le dan un gesto terrible: la libertad lo aclara y un diluvio de luz envuelve la cerviz de los pueblos, armados en el casco y en la lanza, gigantesca aureola de su indómita creación. Se difunde en los llanos, estremece los ríos, invade como la erupción de un día mágico las nebulosas regiones de los hielos: barre con estrépito y majestad las altas cordilleras y cae en catarata de fuego sobre las orillas del Mar del Sud entre el grito de los pueblos, el ay! del moribundo y el estampido del cañón, concierto marcial y tormentoso del prepotente genio: *Nimborumque facis, tempestumque potentem!*—Así triunfaba la libertad. Así el pueblo legión, iba á encender la antorcha de su rito en